

Murmullo

Will Eaves

ALBA ● CONTEMPORÁNEA



MURMULLO

WILL EAVES

Traducción
Mariano Antolín Rato

ALBA

alba CONTEMPORÁNEA

Título original: *Murmur*

© Will Eaves, 2018

Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd.

© de la traducción: Mariano Antolín Rato

© de esta edición: **alba editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es

diseño: Pepe & James

Primera edición: enero de 2021

Conversión a formato digital: Alba Editorial

isbn: 978-84-9065-747-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos

la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

NOTA DEL TRADUCTOR

En Bletchey Park, una mansión victoriana situada en el sudeste de Inglaterra, estuvo instalado durante la Segunda Guerra Mundial el complejo militar de ese nombre. Su misión consistía en descifrar los códigos alemanes. Especialmente los de la máquina Enigma. Para ello, y en una de las secciones que dirigía Alan Turing, el Refugio 8, desarrollaron un dispositivo electromecánico, u ordenador de las primeras generaciones, al que llamaron Bombe.

El Edificio Gibbs, perteneciente al King's College, es uno de los más antiguos y característicos de la Universidad de Cambridge.

Guy Burgess, diplomático británico, fue un espía soviético.

No vagabundea ni anda errante por todas partes del mundo;
habita estos vastos pasajes; y no se enamora, como la mayoría
de tus pretendientes, de la última que ha visto; tú serás
su primera y última pasión, a ti sola consagrará sus años.
Añade que es joven, que tiene por naturaleza el don
de la hermosura y la habilidad para adoptar todas las formas
precisas, y será lo que tú ordenes, aunque le ordenes todo.
¿Qué decir de que tenéis los mismos gustos y la fruta
que tú cultivas él la tiene el primero y con mano alegre
coge sus presentes? Pero ya no anhela los frutos arrancados
de tus árboles ni las hierbas de dulces zumos que produce
tu jardín, solo te anhela a ti.

Ovidio, *Metamorfosis*, Libro XIV, traducción de
Antonio Ramírez de Verger y Fernando Navarro Antolín

El mundo se da pero solo de una vez. Nada se refleja.

Erwin Schrödinger, *Mente y materia* (1956)

PARTE UNO

DIARIO

MURMULLO

El miedo a los homosexuales nunca queda muy lejos de la superficie. Las escasas personas que me han respaldado después de mi condena han sido necesariamente muy audaces. No creo que la mayoría de la gente esté capacitada para juntarse con parias. Tienen una vaga sensación de lo frágiles que serían enfrentándose a la oposición y los estigmas impuestos institucionalmente; de lo hundidos que quedarían si perdieran su empleo, si la gente a la que conocen dejara de atenderles en las tiendas o hiciera como si no los viese en la calle. No es el odio lo que hace oponerse a la mayoría frente a la minoría, sino una vergüenza intuitiva.

¿Necesito dar cuenta escrita de las circunstancias? Los resultados están en los periódicos, y no tengo ganas de «ponerme en evidencia» otra vez. Para mí, es extrañamente más instructivo imaginar otras condiciones, otras vidas. Pero aquí están, así que mis amigos, cuando lleguen a estas pocas ideas, pueden hacer lo mismo.

Había acabado de terminar un trabajo escrito y decidí premiarme con un ligue. Conocí al chico, Cyril, en el parque de atracciones. Parecía desnutrido y tramposo, aunque no carecía de atractivo: vivía, dijo, en una pensión y trabajaba esporádicamente. Le compré un trozo de pastel y patatas fritas y le invité a venir a casa para pasar el fin de semana. No apareció, de modo que volví al parque de atracciones, esperé a que la feria cerrase aquella noche, y lo llevé a casa inmediatamente después. No era ningún tonto, me di cuenta: le había gustado el campamento para chicos de cuando la guerra, allí estudió algo de aritmética y conoció

los *Entretenimientos matemáticos*. Cyril era, me dije, el producto de una sensibilidad nata, la mala alimentación propia de la clase obrera y el debilitamiento nervioso. No quería besos. Nos duchamos por separado y escuchamos la repetición a última hora de un programa de divulgación científica de la BBC sobre el aprendizaje de máquinas, con Julius Trentham que opinaba, de forma aceptable en mi opinión, que la capacidad humana para el aprendizaje está determinada por «apetitos, deseos, impulsos, instintos» y que el aprendizaje de máquinas requeriría «algo correspondiente a un conjunto de apetitos». Y yo dije algo como:

—Mira, lo que encuentro interesante de eso es la sugerencia de Julius de que todos esos sentimientos y apetitos, como los llama él, tienen una causa y son programables. Incluso esas cosas de las que estamos tan seguros, tan instintivamente convencidos de que tienen que ser del dominio de la libre elección y el deseo de los humanos, se pueden aislar. Pueden ser motivadas, y tienen un motivo.

Y Cyril quedó fascinado. Escuchaba y asentía con la cabeza. Me sentí muy contento y curiosamente asustado. Nos acostamos y por la mañana le ofrecí sin pensarlo algo de dinero. Él se ofendió y se marchó de mal humor. Entonces descubrí que me faltaban tres libras de la cartera —Cyril podía haberlas cogido en cualquier momento, yo no había guardado nada— y le escribí a la pensión, diciendo que había que arreglar las cosas. Apareció en la puerta al día siguiente, muy indignado, soltando oscuras amenazas que no me tomé en serio. Mencionó una deuda que sonaba de lo más improbable sobre el alquiler de un traje, por valor de 3 libras, claro, y algunas otras sumas pendientes y luego terminó pidiendo 7 libras más, que le di de mala gana.

Una semana después, volví a casa de la universidad y encontré que habían entrado ladrones en ella. No se habían llevado mucho: 10 libras de un cajón, algunos objetos de plata. Denuncié el robo. Vino la policía a casa y tomó las huellas dactilares. También consulté a un abogado con quien tenía confianza sobre la posibilidad de que Cyril me

chantajease, y siguiendo su consejo escribí al chico otra vez, para terminar las cosas. Cyril apareció al poco tiempo por mi casa, como antes, y esta vez las amenazas no eran oscuras, sino explícitas: iría a la policía y eso sacaría a relucir lo del «profesor» y sus amiguitos. Tuvimos una discusión, yo mencioné el robo, y él se calmó y me besó por primera vez, y dijo que sabía quién podía haberlo hecho: un colega suyo de la marina. Reconoció que había presumido de mi amistad con él y me sentí estúpidamente complacido. Cyril se quedó aquella noche y fui a la comisaría por la mañana con algo de información sobre el posible culpable y una historia bastante chapucera sobre cómo había tenido lugar. Las huellas dactilares, por otra parte, identificaron con claridad al amigo de la marina de Cyril, que ya estaba fichado y necesitó pocos estímulos para soltar la lengua sobre los «negocios» que Cyril se traía conmigo.

El rey murió durante las primeras horas del día en que dos agentes de policía muy amables me hicieron una visita. Siete semanas después de mi detención, fui encontrado culpable de flagrante conducta indecente con una persona de sexo masculino y condenado a recibir un tratamiento de organoterapia —inyecciones de hormonas— que se me aplicaría en el Hospital Real. Los efectos físicos de aquellas inyecciones han sido llamativos. Casi inmediatamente empecé a soñar. Resulta que no pienso intensamente en Cyril, sino en otros en los que pienso lo más intensamente posible.

Metido en la cama, las cosas parecen estar tristemente perdidas, abandonadas sobre cumbres doradas del pasado, al margen hasta que veamos lo que han trazado las líneas del acontecimiento y la memoria: un plano. Un bucle que encierra toda pérdida, que no tiene ni principio ni fin.

Me pregunto cuál es la convergencia de sucesos y personas que han producido mi crisis. Si me dedicara a encontrar una analogía matemática o topológica, supongo que

sería «teselación»: en la que los contornos de una forma encajan perfectamente en los contornos de otra. Si no hubiera terminado el trabajo escrito sobre morfogénesis cuando lo terminé, no me habría animado a buscar una recompensa. Si no hubiera tenido la educación que he recibido, no debería haber pensado en una relación sexual como candidata para esperar una «recompensa». El muy interesante señor Escher, cuyos grabados han despertado en definitiva a mis colegas matemáticos la posibilidad de una estética de lo indecible, habría llamado a esta convergencia la «división regular del plano», pero se trata de un poco más que eso, porque es una división que implica cambio. El mundo no es atomístico o azaroso, sino que está hecho de formas que se entrelazan y que siempre se están entrelazando, como la antigua pareja de Ovidio que se convierte en árbol. El tiempo es el plano que revela ese entrelazamiento, aunque el tiempo no es discontinuo. Uno no lo puede determinar. Muy a menudo uno no puede ver el punto en que las cosas empiezan a converger, el punto en el que una causa genera un efecto, y esta es una variante del problema de la medición. También debe ser similar a preguntar en qué punto empezamos a perder la consciencia cuando se nos administra un anestésico, o en qué punto el material inconsciente se vuelve consciente. ¿Dónde pasa una cosa a ser la otra? Si es perfecta la teselación de formas, ¿dónde se dividen estas? ¿O son una?

En el siglo iii de la invasión romana, la gente enterraba dinero para tenerlo seguro, muy preocupada por la inestabilidad política y la posibilidad de una insurrección tribal. Los lugares favoritos para enterrarlo eran los bosques, los santuarios naturales de afloramientos de tierra y las caídas de agua; torrentes y terrenos elevados. Leí esto en la inapreciable historia de estas islas escrita por Jacquetta Hawkes. Los romanos tomaron prestadas las tradiciones de los nativos de finales de la Edad del Hierro y enterrar riquezas no solo se convirtió en un rito de propiciación, sino,

además, en un acto de generosidad, no en un símbolo de algo, sino en una realidad autosuficiente, tan importante como el entregarse uno mismo al día, todos los días. Enterraban en el suelo bolsas con monedas, denarios de plata, sueldos de oro, botes con cizaña, estatuillas de faunos y sátiros, falos, cornamentas, objetos votivos, broches, puntas de lanza, aros de bridas, armas y escudos y peroles para comida. Lo más valioso. Es difícil, después del cataclismo, recuperar lo que uno pensaba en aquel momento, pero cuando se declaró la guerra yo también reuní mis ahorros, o una parte considerable de ellos, y compré dos lingotes de plata y los enterré. No los volví a encontrar. No los tengo, y sin embargo creo que todavía existen en alguna parte y que tienen valor. Faltan las pruebas y parece que a fin de cuentas no me interesan las pruebas: lo que creo es que he perdido algo de valor. Si creyéramos que únicamente éramos carbono y agua, podríamos dejar atrás la vida con mucha calma, pero lo que se cree sale al paso. Porque ¿qué es creer?

Vivir solo te hace más tolerante con la gente que dice cosas raras. Recientemente me encontré con una que paseaba perros por el parque que me saludó cuando rodeaba el templete de la música como si yo fuera un amigo íntimo que vuelve a su lado después de una visita a los servicios. Echó una ojeada por encima de la hierba neblinosa y dijo como quien no quiere la cosa:

—Aquí es donde dispersé las cenizas de mi padre.

Supongo que la mujer tenía algún tipo de miedo. El miedo es el compañero invisible. En el parque de atracciones, donde conocí a Cyril, quedaban los restos de los fenómenos de feria: forzudos y un puesto de boxeo con un pobre gigante recibiendo el más espantoso castigo, pero también una mujer con piernas superlargas. Los fenómenos de feria viven con dolor, como les pasa a los deportistas y bailarines de ballet. Gran parte de la vida real es invisible.

Estas son anotaciones para pasar el tiempo, porque siento un cierto malestar. Supongo que se trata de miedo, y llevar un diario incompleto me distrae. Pero también estoy sometido al latido de ese miedo, a un ritmo, una frecuencia cardíaca elevada; y a algo más que eso, que viene con el pensamiento y es una especie de descripción rítmica de mi situación mental, como alguien que habla rápida e insistentemente desde el otro lado de una puerta.

Sé que se cuenta que Pitágoras daba sus clases desde detrás de una mampara. La separación de una voz de su origen le proporcionaba una autoridad que, al parecer, causaba asombro. Puede que fuera tímido. O feo. En cualquier caso, con anterioridad yo nunca había tenido esa experiencia. Esta mañana podía oír el murmullo interior que acompaña las acciones sin importancia: «Me levanto temprano, fuera está oscuro, el camino que trazo al azar con mis propias manos ahora es una curva helada. Dejo unas migas para el mirlo que canta en la chimenea de mi vecino. Pasada la cancela de mi jardín hay una carretera, y más allá de eso unos campos se dirigen a toda velocidad hacia las colinas arboladas y una luz como de azafrán. Espero junto a un serbal sin hojas, sus bayas se las han llevado el mirlo y sus polluelos, las tórtolas y los arrendajos». Y entonces, de nuevo, momentos después, cuando me encuentro volviendo la vista atrás hacia el jardín por el sendero de la entrada: «Él recorre las calles en silencio, entre techos mojados y caras inexpresivas, parques desiertos. Se desplaza entre los árboles y espera la instalación del parque de atracciones».

El error se supone que es ese «volver la vista atrás», ¿no? Pobre Orfeo, etcétera.

Claro, se me ha ocurrido que está alterado el equilibrio de mi mente, igual que se me ha ocurrido que estoy contando con una retirada deliberada del mundo, una pérdida de vista dentro, bueno, de la invisibilidad. ¿Qué enseñanza podría proporcionarme ese pasaje? Es una ampliación de mi preferencia por el anonimato, supongo. Se dice habitualmente, o se siente si no se dice, que las personas res-

petan a otras importantes que consiguen cosas o ejercen funciones: pero es un hecho curioso que la autoestima a menudo se encuentra que existe en proporción inversa a la relevancia pública. Esta ha aprendido a pasar noches sola. No busca aprobación porque sabe que la estima no tiene nada que ver con lo que se consiga.

Aunque indudablemente para un materialista sea poco político admitirlo, no puedo evitar hacerme la pregunta de si la auténtica naturaleza de la mente consiste en que es inabarcable por la propia mente, y si ese elemento godoliano de la pregunta —acerca de algo que sabemos que tenemos, pero no podemos abarcar— no puede ser el criterio principal de la conciencia.

Hay un libro con ilustraciones en la sala de espera del Hospital Real. Creo que supone un intento para que la gente mejore, o para proporcionar motivos para sentirse bien (arte, cultura, ¡todo eso a la espera de que se aprecie!), algo que la medicina se esfuerza por conseguir. Contiene una reproducción de *El triunfo de David*, de Poussin. Quedé desconcertado por el cuadro, que no conocía. En particular me desconcertó el hecho de que el joven israelita y la enorme cabeza cerúlea de Goliat, el filisteo, al que había matado, tuvieran expresiones semejantes. Parecían tristes, como si hubieran percibido, más allá del júbilo y el horror inmediatos, ecos del acto dentro de la historia: su propagación de la venganza como en ondas.

Un jardinero, que hoy cuidaba los parterres del terreno de uso común, dijo: «Una bandada entera de cuervos murió en la pradera hace unos años. Les hicieron la autopsia porque era un suceso muy anormal, pero habían muerto de viejos. Tenían unos diecisiete años». La edad de Christopher.

Que la vida haya surgido en este planeta podría considerarse una cuestión asombrosa. Que hubiera surgido en muchos otros sería, frente a eso, si es cierto, incluso más asombrosa. El escape repetido de «el caos atómico», como plantea Schrödinger, no solo sería una fluctuación que desafía estadísticamente los sentidos, sino una serie de ellas. Sería como lanzar puñados de arena al viento y encontrar, cuando los granos se asienten, pequeñas réplicas del Taj Mahal, la catedral de San Pablo y el complejo del templo de Angkor Wat levantados en el suelo. Sería encantador, pero improbable. Felizmente para nosotros, sin embargo, el sistema estadístico del universo posee con relación a eso una impureza maravillosa, que es que también funciona como un sistema o mecanismo dinámico para el mantenimiento y reproducción del orden durante largos períodos de tiempo. O, por ser decepcionantemente preciso, como la ilusión prolongada del orden, porque las estadísticas del desorden termal están todavía todas allá al fondo y, como inspectores de hacienda desconfiados, darán con nosotros al final. El arte de vivir, entonces, según tal perspectiva, es simplemente el de desafiarlas el mayor tiempo posible, hasta que el equilibrio, que no es algo tan agradable como suena, se restaura.

La alarmante verdad es que uno no puede captar su propia condición, aunque sospeche que algo está mal. Uno se ve al borde de un agujero negro, o un cuenco, o un caldero, mientras, en realidad, ha desaparecido dentro de él.

Uno sabe que su vida social se encuentra en peligro cuando pasa la tarde leyendo un artículo sobre puzles titulado «Topología recreativa». Yo no tengo ningún tipo de vida social. Esta es topológicamente invariable bajo muchas deformaciones, se podría decir, aunque probablemente solo alguien sin vida social se molestaría en decirlo.